

El momento es Ahora



Kenshinkan dôjô 2013

A veces observo en el mundo del Budô un pensamiento enraizado en lo ya vivido, en lo experimentado por otros, en lo manifestado a través de cuerpos, mentes y espíritus que ya no son sino historia; en ocasiones, esas entelequias proponen la vuelta al pensamiento de unos, a los hechos de otros, a transitar caminos hollados, a visiones del arte anunciadas con anterioridad, como si la historia pudiera repetirse y las personas pudiéramos experimentar la práctica del Aikidô, el Karate Tradicional o el Kenjutsu de igual forma que lo hicieron nuestros predecesores.

Soy de los que creen que todas las cosas están en constante cambio, movimiento y transformación; todas han tenido un principio y todas, también, tendrán un final; por tanto, personas, hechos o palabras pertenecen a la corriente del devenir. Como nos enseñó Heráclito: uno no puede bañarse dos veces en el mismo río.

Pensaba en ello mientras escuchaba acerca de Antonio Stradivari. El maestro nació y vivió en Cremona, Italia, entre 1644 y 1737, siendo considerado uno de los más extraordinarios luthiers que jamás hayan existido. El genio de este artesano ha trascendido los siglos y aún hoy los auténticos Stradivarius –latinismo de su propio apellido con el que se conocen sus creaciones– resultan ser piezas de coleccionistas tocadas en exclusiva por relevantes figuras de la música, quienes aprecian sobremanera el sonido que puede surgir de la estructura de los violines fabricados por aquel destacado artista. En nuestros días, más de mil Stradivarius continúan viviendo entre nosotros. Los artesanos contemporáneos buscan afanosamente la razón de ser de tan alta perfección, dirigiendo sus pesquisas a los materiales que configuraban los instrumentos: maderas, barnices, pinturas, etc.

En los años en los que Stradivari vivió, Europa sufrió el conocido como “mínimo de Maunder”, un período frío que azotó aún más a la población, haciendo que las difíciles condiciones de vida del Continente se agudizaran. El descenso de las temperaturas afectaría a todos los elementos por igual, incluyendo los bosques de Cremona, en donde Stradivari extraería la madera con la que construiría sus obras de arte. A este particular secreto, escondido en la climatología del momento, hay que añadir el particular tratamiento de los barnices que el maestro italiano utilizara para aplicar a sus violines.

Extraer la fórmula magistral no es una tarea fácil; aún hoy nadie ha conseguido igualar el sonido de un auténtico Stradivarius. ¿Hay que

buscar su razón en las maderas, los barnices y sus componentes, el agua, el aire, la humedad del ambiente, la luz...?

Ha existido un único Antonio Stradivari y su obra es y será irrepetible.

Continuando con esta idea de singularidad, recordaba una conversación con mi maestro, Sugawara Sensei, acerca de la forja tradicional de Japón, el método Tatara y la relevancia del período Kamakura (1192-1333) en la creación artística de la espada.

En Japón se han estado forjando espadas desde el Período Heian (siglo VIII); el proceso de influencia continental es evidente, siendo los primeros ejemplares prestaciones chinas y coreanas. A partir de aquí, el pueblo japonés elaboró su particular proceso de forjado, basado, fundamentalmente, en la arena ferruginosa. A este método se le denomina Tatara.

Observando la historia con perspectiva podemos comprobar la evolución de las piezas forjadas en los diferentes períodos, evidenciando los avances logrados y las aportaciones que fueron sumando los diferentes artistas. Toda esta evolución transcurría dentro de unos parámetros equilibrados, pero llegados al Período Kamakura se destapa un auténtico éxtasis estético, un mejoramiento inusitado de los elementos, una consecución nunca jamás lograda cuyo resultado fueron espadas de una belleza sin igual, forjadas con un acero inmejorable.

¿Cuál era el secreto? ¿Quizá la madera empleada en los hornos? ¿Un determinado tipo de arena con una proporción de hierro particular? ¿Tal vez el carbón...? Lo cierto es que los actuales forjadores japoneses sueñan con encontrar aquella fórmula mágica, capaz de reproducir una hoja de sable de semejantes características, resultando hasta el momento infructuosos sus constantes intentos.

A todas luces, aquellas confluencias humanas, instrumentales y medioambientales, son imposibles de reproducir en la actualidad.

En un contexto similar podemos detenernos en la Cultura del Koryû, para observar que en el siglo XV vio la luz uno de los hitos del Bujutsu Tradicional de Japón: la Escuela Tenshin Shôden Katori Shintô ryû. Fue en la Prefectura de Chiba, en la llanura de Kantô.

Los Koryû tenían un nicho ecológico, antropológico, filosófico y espiritual muy definido y crecieron como hongos al abrigo de estos parámetros. La guerra fue una realidad durante varios siglos, hasta que la dictadura Tokugawa sometió al país a más de tres siglos de mutismo pacífico y aislacionista.

Los Koryû se gestaron en el campo de batalla, extrapolándose, posteriormente, al interior del dôjô, donde se perfeccionó, estructuró y desarrolló lo aprendido en la situación extrema que suponía el ejercicio de la guerra. Comprender la razón de unas formas (kata) es entender una mentalidad, unas relaciones sociales, un concepto de vida y muerte, una manera de estar en el mundo.

Estos escenarios descritos dieron como resultado Escuelas de Bujutsu tan determinantes como: Katori Shinto ryû, Kashima Shintô ryû, Shinkage ryû o Maniwa Nen ryû. La mentalidad de aquellas gentes era, primeramente, práctica, después, técnica y, finalmente, estética. ¿Estamos en condiciones de pensar como ellos...?

Estudiamos con pasión un Koryû, investigamos su historia para comprenderlo, disfrutamos de un Bujutsu cuyo contenido nos permite aprender acerca de un modo de entender la existencia y, también, de una manera de gestionar la guerra, pero no pretendemos emular a un guerrero del siglo XIV del medioevo japonés. Semejante ilusión es una utopía carente de significado, alejada de la realidad, atemporal e inmadura. Repetir esos esquemas sociales, mentales y espirituales en nuestros días es del todo ficticio.

Como ocurre en la propia Vida, también en Budô, tiempos personas y hechos se marchan para no volver. Revivir la historia, es un imposible. Nos queda no obstante nuestro presente y la construcción a partir de ahora de nuestro futuro.

Nuestro momento, nuestra Oportunidad, es Ahora.

Pedro Martín González

Kenshinkan dôjô